

## Espíritu de temor de Dios (2)

El temor de Dios es un espíritu que impregna toda la vida de Jesús. Hay cuatro frases con las que nos invita al temor de Dios:

- los “¡ay!” que siguen a las bienaventuranzas según Lucas.(6,24ss)
- los “¡ay!” por las ciudades que no hacen penitencia (Lc 10,13-15)
- los “¡ay!” contra Jerusalén (Lc 19,41ss)
- los “¡ay!” contra los letrados y fariseos hipócritas (Mt 23,13ss).

¿Por qué Jesús habla tan duramente e infunde tanto temor?

*“Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas”.*(Lc 6,24-26)

El mensaje fundamental nos anuncia el derrocamiento de la mundanidad; está contra quines ponen su propia confianza en este mundo y no aceptan la primacía del Reino. Estigmatiza cuatro categorías de personas : los ricos, los saciados, los reidores y los triunfadores, que no acogen la buena Noticia, que no acogen la iniciativa de Dios.

*«¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentados con sayal y ceniza, se habrían convertido. Por eso, en el Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades te hundirás!»* (Lc 10,13-15).

Jesús no afirma que Corozáin, Betsaida y Cafarnaúm sean tan depravadas como Tiro y Sidón. Señala que no han escuchado la Palabra, la gracia del Evangelio, la invitación a la conversión que Él ha venido a traerles.

Es interesante corroborar que de estas ciudades queridas por Jesús, hoy día no quedan más que unos montones de piedras.

*“Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: «¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita.»* (Lc 19,41-44)

Su pecado consiste en no haber querido reconocer el tiempo de la visita, en no aceptar al Mesías hijo de Dios.

*«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar. «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble que vosotros! «¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: "Si uno jura por el Santuario, eso no es nada; mas si jura por el oro del Santuario, queda obligado!"*

*¡Insensatos y ciegos! ¿Qué es más importante, el oro, o el Santuario que hace sagrado el oro? Y también: "Si uno jura por el altar, eso no es nada; mas si jura por la ofrenda que está sobre él, queda obligado." ¡Ciegos! ¿Qué es más importante, la ofrenda, o el altar que hace sagrada la ofrenda? Quien jura, pues, por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él. Quien jura por el Santuario, jura por él y por Aquel que lo habita. Y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que está sentado en él. «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el*

*plato, mientras por dentro están llenos de rapiña e intemperancia! ¡Fariseo ciego, purifica primero por dentro la copa, para que también por fuera quede pura! «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros, por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: "Si nosotros hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no habríamos tenido parte con ellos en la sangre de los profetas!" Con lo cual atestiguáis contra vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas. ¡Colmad también vosotros la medida de vuestros padres! «¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar a la condenación de la gehenna?» (Mt 23,13-33)*

¿Cuál es la acusación de Jesús? No es de idolatría, ni de homicidio ni de adulterio, sino de caricaturizar la ley; hombres aparentemente religiosos, observantes, que trivializan la ley con su modo de explicarla y en función de sus intereses materiales.

Es la acusación frente a una religiosidad mal ordenada que resiste la acción salvífica de Dios cerrándose a su Palabra. El temor de Dios es la percepción de que las palabras “letrados y fariseos hipócritas” fueron para nosotros. La moral no es obediencia a la ley sino obediencia a una persona: ¿Has escuchado a Jesús? ¿Te has abierto a su palabra, al encuentro con Él?

Los “¡ay!” de Jesús estigmatizan el único gran pecado: el pecado contra el Espíritu Santo, el cerrar los oídos y los ojos a las manifestaciones de la gracia, al ofrecimiento de perdón y de salvación y de conversión.

### **Nuestra vida de oración**

Ante todo el don de temor se pone en práctica en la oración y en este sentido complementa el don de piedad.

El don de piedad nos hace estar delante del señor como hijos, como quien está en su propia casa; el don de temor de Dios nos recuerda que siempre debemos a Dios un sumo respeto, incluso externo. “Quítate las sandalias, porque el lugar en que estás es tierra sagrada”. Moisés entonces se “cubrió el rostro, porque temía ver a Dios”(Ex 3,5.6)

Aunque es Padre, Dios sigue siendo misterio trascendente, incognoscible, muy por encima de todos nuestros horizontes. Esto es bueno tenerlo en cuenta cuando hablamos de Dios, nunca lograremos abarcarlo. Cuando hablamos de los misterios de Jesús, de su cruz, de la resurrección, estamos hablando de cosas que nos trascienden totalmente.

El don de temor de Dios nos hace hablar de Dios con sobriedad y respeto, con mucha humildad y reverencia. Debemos ser conscientes de que nos movemos siempre en el terreno de la analogía, de los símbolos, de las imágenes, de que nos lanzamos con amor hacia un horizonte que supera todos nuestros conceptos y todos nuestros pensamientos.

Si analizamos nuestra vida, en la oración y en la liturgia descubrimos que muchos de nuestros gestos, actitudes y expresiones son triviales, originados por nuestra falta de respeto, de sentido del misterio, debidos a una carencia de reverencia amorosa para con el misterio tremendo y fascinante.

Debemos darnos cuenta que cuando la Iglesia deja de ser la guardiana de los misterios ha dejado de ser vínculo con la trascendencia, con el absolutamente Otro que es Dios. La chabacanería en las cosas de Dios promovida por el secularismo y el agnosticismo contemporáneos lleva al vaciamiento de la religión de su propia esencia. Una Iglesia sin misterio no tiene derecho a existir, pues la esencia de la religión es sumergirnos en el misterio y ser vínculo de trascendencia. Esta es la diferencia entre una comunidad cristiana que se ha reducido a un mero club social y una comunidad de fe en el que la presencia del Dios encarnado se constituye en un verdadero culto, tanto a nivel privado como público.

Cuando voy a Dios me tengo que preguntar: ¿Con quién me voy a encontrar? ¿Qué voy a hacer? No hay que extrañarse de que la oración no nos alimente si la hacemos de modo distraído, una oración escuálida y desabrida, rutinaria y con la cabeza en otro lado o realizada apresuradamente como subiéndose a un tranvía en marcha.

A veces las celebraciones no edifican, las liturgias parecen vacías y es porque no se palpa en ellas el sentido del misterio, porque no hay reverencia sino una familiaridad desordenada y anodina, con cantos

desganados y sin vigor. Todo esto es una ofensa al misterio de Dios mientras que el temor del Señor es puro y hace que la oración sea filial, afectuosa, ordenada y edificante.

Se puede decir lo mismo de la relación con la Palabra de Dios. Debemos tener reverencia con el texto sagrado, recordando que la Palabra de Dios es viva y eficaz, cortante como espada de doble filo, escruta los pensamientos y sentimientos del corazón (Hb 4,12-13). Basta observar una cosa: ¿Dónde y cómo esta colocada la Palabra de Dios en nuestras casas? ¿Es un libro más en la biblioteca amontonado entre otros, o cuenta con un lugar privilegiado y especial, un altar verdadero que me indique la diferencia?

La Biblia no es un libro como los Demás: contiene una santidad, encierra un misterio.

### **La vida personal de fe**

En nuestra vida el temor nos impulsa a no presumir de nosotros mismos, a sentir miedo de nosotros mismos.

A esta falta de presunción de que ya sabemos orar, de que ya somos capaces de resistir, de que sabemos perfectamente cómo hemos de portarnos, nos invita el apóstol Pedro:

*“Y si llamáis Padre a quien, sin acepción de personas, juzga a cada cual según sus obras, conducíos con temor durante el tiempo de vuestro destierro, sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros; los que por medio de él creéis en Dios, que le ha resucitado de entre los muertos y le ha dado la gloria, de modo que vuestra fe y vuestra esperanza estén en Dios”.* (1Pe 1,17-21)

En nuestra vida de fe el temor de Dios se manifiesta en la conciencia de poseer un tesoro muy valioso que custodiar. Santa Teresita relata sus pensamientos en su viaje a Italia se detuvo en París: *“Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiese empañar mi pureza. No ignoraba que en un viaje como éste a Italia se encontrarían muchas cosas capaces de turbarme, sobre todo porque, al no conocer el mal, temía descubrirlo por no haber experimentado todavía que para el puro todo es puro, y que las almas sencillas y rectas no ven mal en ninguna parte, pues el mal sólo existe en los corazones impuros y no en los objetos inanimados”* (Historia de un alma)

Otro efecto del temor de Dios lo señala la carta a los Hebreos: *“El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente...”* (5,7).

El espíritu de temor nos mueve a tomarlo todo bien pues viene del Señor, viéndole a las cosas su lado bueno.

### **La comunidad y el espíritu de temor de Dios**

San Pablo, en la carta a los Filipenses, luego de haber dicho que Dios le otorgó el Nombre sobre todo nombre a Jesús dice:

*“Así pues, queridos míos, de la misma manera que habéis obedecido siempre, no sólo cuando estaba presente sino mucho más ahora que estoy ausente, trabajad con temor y temblor por vuestra salvación, pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece. Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo, presentándole la Palabra de vida para orgullo mío en el Día de Cristo, ya que no habré corrido ni me habré fatigado en vano”.* (Fil 2,12-16).

Es la imagen de una comunidad alternativa, la que en una sociedad competitiva, intransigente, enfrentada, calumniadora, acusadora, cínica, se muestra obediente, sencilla, serena, sin rencillas, sin recelos. Una comunidad que mantiene un estilo de señorío, de buen gusto, de pobreza real pero no miserable, un estilo noble en la palabra, en el trato, de cortesía, de buena educación, cuya casa resplandece de limpieza y dignidad.

A esto se opone el espíritu quisquilloso, el mal gusto, las malas palabras, la falta de humildad, la arrogancia, la ligereza, la tibieza.